



ANDREA DÍAZ GENIS, *La formación humana desde una perspectiva filosófica. Inquietud, cuidado de sí y de los otros, autoconocimiento*, Prólogo de Carlos A. Cullen, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2016, 188 pp.

La autora es una destacada profesora e investigadora de la Universidad de la República que se ha dedicado a indagar y reflexionar sobre la condición humana de la modernidad y la postmodernidad, incluyendo la perspectiva del cuidado de sí como tarea de la filosofía, rescatando una venerable tradición que se remonta por lo menos hasta Sócrates.

La cuestión de la educación, en su más amplio sentido, es el eje articulador de la obra. Carlos A. Cullen, en su “Prólogo”, lo resume con estas breves palabras “Este libro se orienta a tratar de resignificar hoy la filosofía de la educación, insistiendo precisamente en relacionar la educación con la formación humana” (p. 11). Coincido con el prologuista en que planteos como el de este libro motivan e incitan a replantearnos el sentido de la formación docente.

La obra se articula en tres partes. Las dos primeras constituyen un contrapunto histórico de ideas sobre la formación humana. La tercera aborda un replanteo de la filosofía de la educación a partir de los resultados de las anteriores.

La primer parte se refiere al tema de la formación humana en perspectiva socrática, leída a través del testimonio de Platón, especialmente la *Apología*, cuya relectura presenta como un “ejercicio espiritual”, teniendo a la vista las reflexiones de Foucault y Hadot; de *Fedón* nos plantea desde otra perspectiva el pedido final de ofrecer un gallo a Esculapio, recuperando las visiones de Nietzsche y Foucault: la relación entre el cuidado de sí y la elección de la muerte. En tercer lugar, el *Banquete* nos introduce en lo que la autora califica de “eros pedagógico”, reflexionando sobre el vínculo maestro-discípulo, reforzando ideas con textos del *Laques*.

La segunda parte, dando un gran salto (milenio y medio) nos ubica en un nuevo escenario: la Europa moderna, período del que recoge tres voces alternativamente consonantes y disonantes: Descartes, la Ilustración y Nietzsche, siempre en diálogo con Foucault, especialmente *La hermenéutica del sujeto*. Diferenciándose de la tradicional interpretación de

Descartes, la autora presenta su filosofía como forma de vida, a partir de algunas intuiciones autobiográficas del francés: su deseo de saber, su búsqueda de certezas, sus dudas, su apelación al sentido común. En síntesis, la autora nos propone no “culpar” a Descartes por el “cartesianismo” y ver en él facetas que la hermenéutica establecida ha descuidado.

También la Ilustración -tan denostada por un amplio espectro ideológico que va desde el tradicionalismo católico a la postmodernidad- es vista desde una perspectiva inédita, cuyo valor pedagógico queda bien expresado en el título del capítulo “¡Atrévete a saber!”, que la autora vincula, no sin razón, con la larga lucha de los profesores por la libertad de cátedra. Sin negar la pertinente crítica habermasiana a la “diosa Razón” de la Modernidad, la autora se permite disentir con cierta unilateralidad con que suele entenderse. Y es interesante su planteo contra Rancière (una autoridad indiscutible para muchos docentes y especialistas en temas educativos) y su interpretación de Sócrates opuesta a la presentada en la primera parte.

El tercer momento de esta segunda parte, dedicado a Nietzsche, es la reproducción de un artículo dedicado a exponer el pensamiento educativo de Nietzsche. No puede decirse que desentona con lo anterior, pero sí que se trata de una unidad diferenciada, cuyo nexos con el resto queda más visible en relación a la tercera parte. La autora presenta al Nietzsche no como el “maestro de la sospecha”, ni como el heraldo de la “muerte de Dios”, sino como un gran pedagogo, un filósofo que quiso ser un educador de la humanidad (tal vez, del superhombre). Como la serpiente que se muerde la cola, no precisamente como eternidad ni como retorno de lo mismo sino de lo semejante, pareciera que reencontramos a Sócrates. Un Sócrates más cercano a nosotros y a las vicisitudes que sufrió la humanidad en el último siglo. El mismo Nietzsche tenía conciencia que sería comprendido un siglo después de su muerte; sin embargo, estamos de acuerdo en que, en cierto sentido, la postmodernidad comienza en 1900: comienza cuando se pone en duda todo el entramado que la Modernidad había trazado como inmovible.

Con este andamiaje conceptual la autora enfrenta la problemática central de su interés: repensar la filosofía de la educación, objeto de la tercera parte. En realidad, se trata de repensar filosóficamente la educación, lo que significa en primer lugar caracterizarla de modos distintos a como es usual. Desde luego, se podría decir que para todos -o al menos

casi todos- los pensadores del tema, la educación se relaciona con la formación humana. Pero el concepto de “formación humana” se presenta variopinto y en algunos casos ambiguo. La autora se propone deslindar claramente los procesos que pueden llamarse realmente de “formación”, por analogía -interesante, desde luego- con otros procesos que no suelen adscribirse al área educativa: la terapéutica, la espiritualidad y la psicagogía. Nuevamente de la mano de Foucault y reproduciendo un artículo anterior, la autora analiza la tradición helénica del maestro como terapeuta, aquel que sabe cuidar de sí y mostrar a otros esa “*tejné* del alma” para que hagan lo mismo, cada uno a su propio modo. Y en esta perspectiva no duda en calificar a Sócrates de “gran médico del alma”. Si la filosofía cura el alma, es porque lo hace a través de una actividad terapéutica, el “ejercicio espiritual”, ejercicio que practicaban las escuelas helenistas antes de los cristianos, quienes influyeron para dar al término un sentido institucional-religioso que -sin ser totalmente incompatible con el sentido filosófico- desdibuja el proceso.

Dando un gran salto cronológico y cosmovisional, la autora interpreta la teoría del eterno retorno como un ejercicio espiritual, “y el más terrible que puede ser pensado” (p. 132) porque el eterno retorno de lo mismo supone un verdadero “ultrahumano” para poder ser aceptado; pero supone a la vez un gran proyecto educativo para toda la humanidad, en que los aspectos resentidos de nuestra existencia, transmitidos por la cultura, se transformen en aspectos afirmadores de éste.

Trasladando estas consideraciones al proceso educativo la autora señala algunas posibilidades, con un listado abierto (p. 137): establecer una relación discipular relacionada con la búsqueda de la verdad del sujeto y de la vida; establecer un sentido crítico y creativo con finalidad liberadora; buscar una vida buena; buscar la relación del sujeto con el tiempo (con la vida); afirmación de la vida y condena de toda forma de resentimiento que anule la voluntad de vivir; promover el agenciamiento del sujeto como manera de expresar el deseo en un conjunto; promover el desarrollo de la voluntad de poder.

La autora analiza, en el capítulo 10, el ejercicio espiritual en términos de Hadot y Foucault: el tema de la espiritualidad tiene que ver con la transformación radical del sujeto, y concretamente respecto a su búsqueda de la “verdad” y el conocimiento. Para ello estos autores, y Andrea Díaz con ellos, pasan revista a la tradición de las escuelas griegas, en las cuales la lectura de texto tenía una finalidad pedagógica y psicagógica: eran un “ejercicio espiritual” no sólo para pensar problemas, sino también para preparar al sujeto en la búsqueda de la sabiduría.

El capítulo 11 avanza un tema relacionado con la ejercitación espiritual, la práctica de escribir sobre sí

mismo. Esta “tecnología del yo” (Foucault) o “escritura de sí” tienen que ver con la inquietud de sí, el autoconocimiento de sí y el cuidado de sí (que implica el cuidado de otros). Implica, como es claro, un proceso de autoconocimiento y a la vez una preparación, un estado de alerta o atención. También los antiguos, antes de los cristianos, promovieron el “examen de conciencia”, en el sentido senequiano de juicio, pero también de una especie de control administrativo, como diría Foucault. Esta escritura, de la que las *Meditaciones* de Marco Aurelio son un buen ejemplo, no tienen por finalidad exponer o fundamentar una doctrina, sino que las ideas que se exponen y se repiten son una especie de terapéutica de la palabra, tienen un poder inductor, para vivir con lucidez, conocerse y cuidarse. Esta idea, advierte la autora, ha sido retomada por los renacentistas, especialmente Montaigne, y luego por Hadot y Foucault.

Sacando conclusiones prácticas para la tarea educativa, la autora indica que esta ejercitación nos pone en condiciones de advertir con claridad las limitaciones y las insuficiencias de nuestra condición humana, que se ponen de manifiesto en la crisis que vivimos, y que no es sólo (aunque también) educativa.

Celina A. Lértora Mendoza, es Doctora en Filosofía por las Universidades Católica Argentina y Complutense de Madrid, Es investigadora del CONICET. Se especializa en historia de la filosofía medieval, colonial e iberoamericana y en epistemología. Ha publicado más de 30 libros, 400 artículos científicos y ha participado en más de 300 encuentros académicos. Es Presidente de la Fundación para el Estudio de Pensamiento Argentino e Iberoamericano. -

Recibido: 29/9/2016. Aprobado: 2/11/2016. VB: 5/11/2016.